

Prólogo

Fecha: antes

Míradme: no quiero que mi terapeuta crea que me he vuelto loca. Es un auténtico milagro que la mentira se desgaje de mi lengua sin tropezar contra mis dientes.

—Esta noche he vuelto a soñar con la tinaja.

—¿Otra vez?

El cuero cruje bajo mi cabeza cuando asiento.

—¿Y se trata exactamente de la misma tinaja?

—En efecto.

Se oye un suave rasguño mientras mi analista desliza el bolígrafo sobre el papel.

—Descríbela, Zoe.

El doctor Nick Rose y yo hemos hecho esto media docena de veces antes. Aunque mi respuesta es siempre la misma, satisfago su capricho cuando él me lo pide. O quizá sea él quien satisface mi capricho. Yo, porque me atormenta una tinaja, y él, porque quiere comprarse un barco.

Los cojines del diván crujen bajo mi cuerpo cuando vuelvo a reclíname y me tomo al doctor como quien se toma la primera taza de té del día: a sorbos pequeños, saboreándolo despacio. El doctor llena la butaca de cuero cómodamente gastada. Su cuerpo le ha concedido un suave brillo que resulta reconfortante a la vista. Tiene las manos grandes y curtidas, sin duda a fuerza de dedicarlas a una actividad que no tiene lugar en esta consulta. El pelo muy corto, de fácil cuidado. Los ojos oscuros como los míos. El pelo también. Una cicatriz en el cráneo que es imposible que pueda ver

en el espejo, y me pregunto si sus dedos bailarían sobre ella cuando está solo o si ni siquiera es consciente de su existencia. La piel bronceada. No es un hombre de interior, aunque cuesta situarle. Quizá no en un barco. Quizás en una moto. Sonrío en mi fuero interno al imaginarle montado en una moto. Sigo conteniendo la sonrisa. Si dejo que asome a mis labios, él me preguntará a qué viene. Y aunque es cierto que le cuento todo lo que pienso, también lo es que no comparto con él todos mis secretos.

—Crema tostada. Si fuera un tono de pintura, sería ése. Es como sí... como si estuviera hecha para mí. Cuando en el sueño tiendo las manos, el ángulo que dibujan mis brazos al intentar agarrar las asas de la tinaja es perfecto. ¿No tuvo nunca en el colegio al típico niño que tenía las orejas así? —Me incorporo en el diván, me paso el pelo por detrás de las orejas y tiro de ellas hacia delante hasta dibujar un doloroso ángulo recto.

Se le contrae la boca. Quiere sonreír. Percibo el debate interno que le ocupa: ¿Es profesional reírse? ¿Lo tomará la paciente como una muestra de acoso sexual? «Ríase», estoy a punto de decir. «Por favor.»

—Yo era ese niño.

—¿En serio?

—No. —Por fin sonrío, y durante un instante me olvido de la tinaja. Aunque ni inmensa ni perfecta, es una sonrisa dedicada a mí. Me siento de pronto embargada por un millón de preguntas, diseñadas todas para sondearle como él lo hace conmigo.

—¿Tiene usted algún sueño recurrente? —pregunto.

La sonrisa se desvanece.

—No los recuerdo en absoluto. En cualquier caso estamos hablando de ti.

«Ya, claro. Ahora el premio de consolación para tenerme contenta.»

—La tinaja, la tinaja. ¿Qué más puedo contarle sobre la tinaja?

—¿Podrías decirme si tiene alguna marca? ¿Alguna señal?

No necesito pensarlo. Conozco la respuesta.

—No. Está intacta. —Tengo los hombros tan tensos que me duelen—. Eso es todo.

—¿Y cómo te hace sentirse eso?

—Aterrada. —Me inclino hacia delante, apretándome las rodillas con los codos y dejando en ellas una pequeña marca—. Y curiosa.

PRIMERA PARTE

1

Fecha: ahora

Cuando me despierto, no hay señales del mundo. Sólo quedan algunos fragmentos, restos de lugares y de personas que en su día fueron un todo. Al otro lado de la ventana, el paisaje es de una rabiosa tonalidad verde, el mismo que solíamos ver en el televisor de pantalla plana de un abrevadero disfrazado de restaurante. Demasiado verde. Unos espesos nubarrones grises taparon el sol hace semanas, obligándolo así a vernos morir a través de una lente mojada y alabeada.

Entre los puñados de sobrevivientes circulan historias sobre las lluvias que han llegado al Sahara, el verde que salpica ahora el marrón infinito, y el hundimiento de las Islas Británicas. La naturaleza se reconstruye ahora, fiel a sus propios designios. El hombre no tiene voz ni voto.

Dentro de un mes cumpliré treinta y un años. Tengo dieciocho meses más que cuando se desató la enfermedad. Doce más que cuando la guerra golpeó el globo. En algún momento entre aquel entonces y el ahora la geología enloqueció y sumió el clima en la esquizofrenia, aunque eso es algo que no debería sorprendernos si nos fijamos en por qué luchábamos. Han pasado diecinueve meses desde la primera vez que vi la tinaja.

Estoy en una casa situada en lo que en su día fue una granja de la desaparecida Italia. No es ya aquel país en el que alegres turistas arrojaban monedas a la Fontana di Trevi, ni en el que se congregaban en la Santa Sede. Ah, al principio llegaron apresuradamente como lo hacen las células falciformes que recorren una

vena cualquiera: masas densas y coaguladas a bordo de trenes y aviones, cargando con los ahorros de toda una vida, dispuestos a donarlos a la Iglesia para asegurarse la salvación. Ahora sus cadáveres llenan las calles del Vaticano, derramándose desde allí hasta la propia Roma. Ya no introducen las manos en *La Bocca della Verità* ni contienen el aliento mientras susurran alguna hermosa mentira de cuya veracidad han logrado convencerse: que un día de éstos se dispondrá de una panacea; que una banda de científicos ocultos en la cumbre de una montaña tienen una vacuna que puede reconstruirnos; que Dios está a tan sólo unos instantes de mandarnos sus tropas en una misión de rescate; que lograremos la salvación.

El griterío se cuele por las paredes, recordándome que, aunque estoy sola en el mundo, aquí no lo estoy.

—Es la sal.

—No es la jodida sal.

Se oye el golpeteo sordo de un puño contra la madera.

—Te digo que es la sal.

Hago un inventario mental de mis pertenencias mientras oigo batallar a las voces: mochila, botas, chaqueta impermeable, un mono de peluche, y dentro de una funda de plástico: un pasaporte inútil y una carta cuya lectura me atemoriza demasiado. Eso es todo lo que tengo aquí, en este destartalado cuarto. He decidido que la sordidez que lo impregna todo es la que antecede al final. Una precaria limpieza; es decir, falta de dinero para el mantenimiento.

—Y si no es la sal, entonces, ¿qué es?

—Sirope de maíz con alto contenido en fructosa —responde la otra voz, en la que se aprecia el tono de superioridad de quien está convencido de que la razón está de su parte. Quizá sea así. ¿Cómo saberlo a estas alturas?

—Ja. Eso no explica lo de África. En Tombuctú no comen dulces. Por eso están así de esqueléticos y tienen esas tripas hinchadas.

—Sal, sirope de maíz..., ¿qué más da? —pregunto a las paredes, pero las paredes no tienen todas las respuestas.

Hay movimiento a mi espalda. Al volverme veo a Lisa Sin-Apellido ocupando el umbral de la puerta, aunque su volumen ha menguado visiblemente desde mi llegada, hoy hace una semana. Es diez años más joven que yo. Inglesa, de una de esas ciudades que terminan en -shire. Hija de uno de los hombres que están en la habitación contigua y sobrina del otro.

—Da igual cuál haya sido la causa de la enfermedad. No es el momento. —Me mira con sus ojos febriles. Es un espejismo. Lisa es ciega de nacimiento—. ¿No te parece?

Se me acaba el tiempo. Tengo que coger un trasbordador si quiero llegar a Grecia.

Me agacho y me cargo la mochila a los hombros. Ahora son más delgados. En el espejo cubierto de polvo del pasillo, los huesos asoman bajo la fina tela de mi camiseta.

—No, la verdad es que no —le digo. Cuando la primera lágrima le corre por la mejilla, le doy lo poco que me queda, que no es más que un abrazo y una suave caricia a su pelo estropajoso.

No sabía de mis huesos de acero hasta que apareció la tinaja.

La tinaja dejada de la mano de Dios.

Fecha: antes

Mi apartamento es una fortaleza moderna. Pestillos, cadenas y, una vez dentro, un código que sólo permite tres errores de marcado, de lo contrario la caballería cae sobre ti, exigiendo saber si soy quien afirmo ser. Todo ello instalado en un endeble marco de madera.

Once horas limpiando suelos y retretes y vaciando basura en un espacio hermético. Once horas de charla con los ratones. Ahora me escuecen los ojos al enfrentarme a la luz del día y lo único que quiero es poder arrancármelos de las cuencas y enjuagármelos.

Lo sé en cuanto la puerta se abre de par en par. Al principio es la luz roja del contestador parpadeando en la cocina. Pero no, no

es eso. El aire me resulta extraño, como si algo se hubiera paseado libremente por este espacio durante mi ausencia, tocando mis cosas sin dejar huella.

La luz dorada entra a raudales en el salón casi en el mismo momento en que mis dedos tocan el interruptor. Mis ojos parpadean hasta que logran fabricar las lúbricas lágrimas necesarias para proporcionarme un velo amortiguador. Se me contraen las pupilas tal y como se supone que deben hacerlo, y por fin puedo adentrarme en la luz sin tropezar.

Dicen que si realmente hay alguien que intenta asaltarte no podemos hablar de paranoia. Aunque no se me eriza el vello de la nuca, indicándome que quizás haya alguien acechando a mi espalda, no me equivoco en mi percepción de la calidad del aire: en mi ausencia alguien ha entrado y ha dejado algo dentro.

Una tinaja.

No es la clase de tinaja en la que guardamos los pepinillos ácidos al vinagre de eneldo que crujen entre nuestros dientes, llenándonos la cabeza de ecos. Es más bien una de esas piezas de museo, elaborada en cerámica y más antigua que esta ciudad..., o eso es al menos lo que indica la mugre insertada en sus poros. Y la antigüedad llena mi apartamento con el halo que envuelve los objetos que llevan largo tiempo enterrados.

Podría examinar la tinaja, levantarla del suelo y sacarla de aquí, pero hay cosas que, una vez tocadas, no pueden volver a quedar intactas. Soy un producto de todas las películas de serie B que he visto a lo largo de mi vida, de todas las supersticiones que he oído, de todas las historias contadas por boca de las viejas viudas.

Debería examinar la tinaja, pero mis dedos se niegan a moverse, protegiéndome del «¿Y si?». En vez de eso, buscan el teléfono.

El portero lo coge al octavo tono. Cuando le pregunto si ha dejado entrar a alguien en mi casa, su mente se pierde en sus propias cavilaciones. Transcurre una eternidad. Durante ese tiempo, le imagino rascándose los huevos, más por una cuestión de costum-

bre que por otra cosa, mientras calcula mentalmente la cantidad de cerveza que le queda en la nevera.

—No —responde por fin—. ¿Falta algo?

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Cuelgo. Cuento hasta diez. Cuando me vuelvo, la tinaja sigue allí, en el mismísimo centro de mi salón, entre el sofá y la televisión.

La compañía de seguridad es la siguiente de mi lista.

—No —me aseguran—. No tenemos constancia de que haya entrado alguien en el apartamento uno tres cero cuatro.

—¿Y hace cinco minutos?

Silencio. Y luego:

—Nada. ¿Quiere que mandemos a alguien?

Con la policía el resultado es más de lo mismo. Nadie entra en un apartamento a robar y te deja algo. Debe de ser un regalo de un admirador secreto. O puede que esté loca. No es que lo sugieran así, abiertamente, pero utilizan palabras huecas y corteses diseñadas para hacerme colgar sin insistir más.

Entonces recuerdo la luz que he visto parpadear en el contestador. Cuando pulso «Reproducir mensaje», la voz de mi madre truena en el altavoz.

—¿Zoe? ¿Zoe? ¿Estás ahí, hija? —Pausa, y luego—: No, cielo, es el contestador. —Otra pausa—. Ah..., claro que estoy dejando un mensaje. ¿Cómo que suba la voz? —Se oye forcejear en son de broma a lo lejos mientras mi madre ahuyenta a mi padre—. Ha llamado tu hermana. Dice que quiere presentarte a alguien. —Baja entonces la voz hasta hablar entre susurros que resultan todo menos discretos—. Me parece que es un hombre. Bueno, creo que deberías llamarla. Ven a cenar el sábado y así me cuentas qué te ha parecido. Seremos sólo mujeres. —Otra pausa—. Ah, y tú, claro. Es que casi eres una de nosotras —le dice a papá. Imagino a papá riéndose bonachonamente en un segundo plano—. Llámame, tesoro. Intentaría llamarte al móvil, pero ya me conoces: todavía mantengo la esperanza de que hayas concertado una cita con alguien.

Normalmente siento una pequeña descarga de rabia dentro del pecho cuando mamá llama para buscarme novio. Hoy, sin embargo...

Cuánto me gustaría que mamá estuviera aquí conmigo. Porque esta tinaja no es mía.

Alguien ha irrumpido en mi espacio.

Fecha: ahora

El cuerpo humano es absolutamente asombroso: una planta de fabricación de ácido capaz de transformar algo tan simple como la comida en un ardiente caos.

Ahora vomito mucho. Se me da estupendamente. Me inclino lo justo y necesario y así no me mancho las botas. Si el mundo no hubiera desaparecido, habría ido a las Olimpiadas.

En cuanto llega el desayuno, me zampo una manzana. No la echo.

—¿Tienes que irte? —pregunta Lisa. Mordisquea la delicada piel del labio inferior hasta convertirla en una masa carnosa.

—Tengo que llegar a Bríndisi.

Estamos de pie en el jardín de la granja, encapsuladas en una constante neblina húmeda. Un musgo que parece de peluche brota de las pálidas piedras de los muros exteriores de la casa. Tengo la bicicleta apoyada contra una bomba de agua que lleva largo tiempo abandonada. En algún momento los dueños contaron con los recursos necesarios para reconducir las tuberías y entrar así en el siglo XX, aunque finalmente abandonaron la bomba a su suerte como adorno o simplemente se cansaron de cuidar de ella. La bicicleta es azul y no siempre ha sido mía. Aunque debo decir que no la conseguí con dinero, sino previo pago de una suma irrisoria: un beso a la entrada del Aeropuerto Leonardo de Vinci de Fiumicino. Sin lengua. Simplemente el sorprendente sabor de la ternura de un noruego que no quería morir sin un último abrazo.

—Por favor —dice Lisa—. Quédate.

—No puedo. —Montañas de desazón me oprimen el pecho. Lisa me cae bien. De verdad. Es un encanto de niña que en su día soñaba cosas bonitas. Ahora, lo mejor que puede esperar es sobrevivir. La prosperidad ya no es una opción, y puede que no vuelva a serlo nunca.

—Por favor. Me gusta tener aquí a otra mujer. Es mejor.

Es entonces cuando capto la nota de desesperación en su voz. No quiere quedarse aquí sola con estos hombres. De hecho, ellos deberían dedicarse a proteger a la familia; y lo hacen. Aunque la sangre compartida no es la única razón que les mueve: de pronto entiendo que la ven como a una posesión, una forma de pasar las horas hasta que la humanidad deje escapar su último aliento. Tendría que haberlo percibido antes, pero estaba tan ocupada con mis propios asuntos que no he sabido ver más allá.

—Lo siento —me disculpo—. No lo sabía. Tendría que haberme dado cuenta.

Una tenue sombra rosada tiñe su tez clara: he adivinado su secreto. Aunque no me ve, desvío la mirada, dándole así un instante para que recobre la entereza. Me arden las mejillas de vergüenza.

El silencio dura lo bastante como para que la precipitación se condense en gotas de lluvia.

—Tú tampoco puedes quedarte. Ven conmigo.

Debería arrepentirme de mis palabras, pero no lo hago. Si accede a venir conmigo, su compañía retrasará quién sabe cuántos días mi viaje. El tiempo es un lujo cuando no vemos lo que resta en el reloj de arena. Aunque a juzgar por el modo en que renquea la humanidad, la amabilidad es hoy en día una rareza. Debo aferrarme a lo que me hace humana.

—¿En serio? ¿Me dejarías acompañarte?

—Insisto.

Le cruje el cuello cuando gira la barbilla por encima del hombro para mirar hacia la casa.

—No dejarán que me vaya. Nunca lo permitirán.

«¿Qué es lo que han hecho contigo, pequeña?», a punto estoy

de preguntar. De todos modos, nada de lo que me diga afectará a mi decisión: ella viene conmigo.

—Sube a tu cuarto y recoge tus cosas. Asegúrate de coger alguna prenda cómoda y abrigada.

—Pero... —Me doy cuenta de que sigue preocupada por lo que puedan decir los hombres.

—Yo me encargo.

Entramos juntas y durante un instante nos permitimos disfrutar de la abrupta sensación de abrigo. Qué alivio no estar bajo la lluvia. Luego asentimos a la vez y ella sube las escaleras mientras yo voy a la cocina.

Comparada con otras —y he conocido unas cuantas—, esta cocina es parca. Y no me refiero a una parquedad eficiente, sino a la que encontramos en esas mujeres demasiado flacas que luchan por mantener un peso antinatural. La habitación está sumida en un franco abandono. Identifico cada uno de los lugares en los que deberían estar las cosas si su propietario quisiera decorarla o si disfrutara cocinando. Pide a gritos una familia que le dé vida.

Sólo hay un hombre presente: el tío de Lisa. Es obeso y la carne sobresale por los bordes de la silla, un mueble macizo que data probablemente de varias generaciones. La madera se ha oscurecido con el tiempo, y el asiento es de una especie de mimbre grueso cubierto de una pátina de color miel. La silla tiene siete hermanas vacías.

El hombretón levanta la mirada y me estudia con atención, intentando identificar en mí alguna debilidad que pueda ser explotada. Contengo el aliento al tiempo que echo atrás los hombros y levanto el mentón, intentando parecer todo lo fuerte que me permite mi cuerpo. No identifica nada que pueda aprovechar sin emplear en ello un considerable esfuerzo y vuelve a concentrarse en masticar el pan que preparé hace dos días, después de deshacerme de los gorgojos que encontré en la generosa provisión de harina de la despensa. Las migas salen volando de su boca, salpicando la mesa de costras mojadas que se endurecerán y se pegarán si no las limpiamos pronto. Aunque ni Lisa ni yo estaremos aquí para hacerlo.

Dentro de nada, estos hombres estarán refocilándose en su propia mugre.

—Lisa viene conmigo.

Gruñe, traga y clava en mí sus ojos brillantes y diminutos. Dos pasas hincadas en las profundidades de la masa.

—Se queda.

—No era una pregunta.

La mole humana se recompone como una inminente tormenta al tiempo que se levanta de la silla con un tremendo suspiro.

—Somos su familia.

Esto no tiene buen final. Noto en la nuca una punzada de frío del tamaño de una moneda de veinticinco centavos que se extiende por todo mi cuerpo al instante hasta dejarme totalmente helada. ¿En qué estaría pensando? Es mucho más grande que yo. Mórbidamente obeso y lento, es cierto, pero es muy corpulento, y si llega a tirarme al suelo, estoy jodida.

Nos miramos fijamente de arriba abajo. Si fuéramos un par de perros, sin duda alguien habría apostado por él, impresionado simplemente por su mole de carne.

Un penetrante chillido desgarrar la calma artificial. Arriba. Lisa. Durante un segundo me relajo, y centro mi atención en el extraño silencio que siempre sigue a un grito.

El gordo se abalanza sobre mí. Lisa está metida en un lío, pero en este momento yo también lo estoy.

Finto a la izquierda, pero me muevo a la derecha. El hombretón es como uno de esos vehículos de prueba que se estampan contra la pared y el polvillo del yeso forma un halo blanco alrededor de su cuerpo. Tarda un instante en recuperarse del impacto. Sacude la cabeza para disipar la nebulosa del dolor y enseguida vuelve a por mí.

Una vez más, consigo esquivarle. Ahora volvemos a mirarnos fijamente, cada uno a un lado de la mesa. Nos separa una corta distancia. No hay armas a la vista. Lisa es una pulcra ama de casa y, aunque éste no sea su hogar y sólo se trate de un sitio al que ha

venido a parar por casualidad como me ha ocurrido a mí, lo tiene todo muy ordenado.

Otro grito. Éste se desgrana en el aire como las esporas de un diente de león.

En mi pecho, mi corazón late con violencia en su celda de hueso. Sabe que el padre de Lisa está allí arriba con ella y sabe también lo que está ocurriendo.

—Voy a subir a buscarla —anuncio—. Y si intentas detenerme, eres hombre muerto.

Se ríe. La papada se le balancea bajo la barbilla, estremeciéndose.

—Cuando haya terminado de tirársela, vamos a hacer lo mismo contigo por turnos, zorra.

—Me sorprende que no lo hayáis intentado antes.

Levanta las palmas de las manos.

—¿Qué quieres que te diga, cielo? Nos gusta la carne tierna.

Ahora me toca a mí reírme, aunque mi risa suena amarga y seca.

—¿Qué te pasa, zorra? ¿Qué te hace tanta gracia? Comparte el chiste, anda.

Me desplazo por el lado de la mesa hacia la puerta abierta. Al otro lado de la pared hay un paragüero. Aunque lo que contiene no sirve para mantener seco un cuerpo, el extremo puntiagudo sí puede hacer saltar fácilmente un ojo de su cuenca.

—¿Te he dicho alguna vez cómo me ganaba la vida antes de esto?

Gruñe. Me sigue por su lado de la mesa hasta que los dos llegamos al canto romo del tablero.

—Debías de ser una especie de rata de laboratorio.

Asiento. Sí, algo así.

—He levantado muchas pesas, así que estoy bastante fuerte a pesar de ser tan delgada. ¿Qué has hecho tú, aparte de cambiar las marchas de tu camión y levantar una jarra de Guinness? —Hay ahora menos fuerza en mi cuerpo que antes de que se acabara el mun-

do, pero mis instintos de supervivencia me han traído hasta aquí. Intento lanzarme hacia la puerta, pero calculo mal porque su alcance es mayor que el mío. Alarga el brazo. Unos dedos rechonchos como pequeños garfios se cierran alrededor de mi cola de caballo. El gordo tira de mí hacia atrás, aplastándome contra él hasta que siento su tripa contra la espalda como una enorme torta rellena. Alrededor de mi cuello se forma un triángulo que se tensa por segundos: pecho, húmero, cúbito.

Normalmente, cuando añoro el pasado, sueño con una comida en alguna de esas franquicias en las que sirven siempre exactamente el mismo plato. Sueño con que me siento seca, o con el hormigueo que me recorría la piel cuando me quedaba demasiado rato bajo el chorro de una ducha demasiado caliente. Pero ¿ahora? Ahora con un par de tacones altos. O de aguja. Con una de esas varillas metálicas de ocho centímetros que mantienen los tacones rectos y firmes. Porque mi captor sólo lleva calcetines y no me costaría nada clavarle mi elegante arma entre los metatarsos.

Llevo unas botas de suela gruesa, hechas para caminar, pero él debe de medir un metro ochenta y tantos y yo tengo que exagerar para llegar al metro sesenta, con lo cual mis tacones apenas valdrán para triturarle los dedos de los pies. Y con eso no basta.

—Gano yo —dice.

Quizá tenga razón, pero el juego todavía no ha terminado. Y es que aquí no soy yo la única que se la juega.

—¿Cuándo fue la última vez que te viste la polla? —Mi voz se espesa cuando el brazo se cierra sobre mi cuello. El gordo tira de mí hace él y también hacia arriba, de modo que mis talones dejan de tocar el suelo. Se oye el susurro de la goma contra las baldosas cuando mis pies se agitan buscando estabilidad—. ¿Te la sacas para mear o te sientas como una mujer?

—Que te den.

—Oh, vamos. A los gordos como tú no se os levanta.

Unas manchas oscuras me nublan la visión. Aunque es por la

mañana, la luz del día se desvanece rápidamente ante mí. Lisa solloza ahora entre gritos.

El gordo es más fuerte de lo que pueda parecer a primera vista. Bajo el tejido adiposo se oculta una masa muscular nada desdeñable; es el camuflaje perfecto. Los dedos de mis pies pierden el contacto con el suelo.

Todo lo que ocurre a continuación sucede en un instante.

Bajo la barbilla y le clavo los dientes en el antebrazo. El esmalte desgarrar el tejido y rasca hueso. Levanto entonces las rodillas, de modo que cuando él me suelta, dejando escapar un rugido que le sube desde el escroto, mi peso cae a plomo como la refulgente bola de Nochevieja y mis botas le trituran los pies. Un suspiro emerge de mi garganta al caer hacia delante de rodillas. Las espinillas me arden a causa del impacto. Mi oponente se recupera lo suficiente como para propinarme una rápida patada en el trasero con el pie herido. Una arcada de cobre caliente con un ligero tinte de hierro me llena la boca. Me levanto como puedo y me aparto rápidamente a un lado, protegiéndome el estómago con el brazo.

Concentrada sólo en luchar por mi supervivencia, intento alcanzar una silla. Es más ligera de lo que pueda parecer, a juzgar por la madera reblandecida por los años. O quizá no. En momentos de necesidad, el cuerpo humano es capaz de llevar a cabo gestas increíbles. Lo sé porque lo vi un día en el programa de *That's Incredible!* Y Cathy Lee Crosby tenía una cara en la que cualquier niña de ocho años podía confiar.

El blanco de los huesos brilla bajo mi piel cuando cierro las manos sobre el respaldo de la silla. Como el hombretón es inglés, eso quiere decir que poco o nada entiende sobre mi deporte nacional. La silla es mi bate y su cara es la bola. Béisbol con esteroides.

El hombretón viene a por mí y yo le sacudo con la silla. Se oye un fuerte crujido cuando se le rompe en pedazos la cara. Una miriada de pequeñas gotas de sangre me salpica la camisa y el rostro: es el sueño húmedo de cualquier mosquito que se precie. Los dientes rotos se le desmenuzan en la boca hundida y el hom-

bretón se desploma. Es una montaña de carne conquistada por una mujer con una silla en las manos. La madera se me cae al suelo al tiempo que me adentro a trompicones en el pasillo y subo las escaleras.

Fecha: antes

Quien me lo recomienda es la hermana de la amiga de una amiga.

—Oh, Dios, tienes que llamarle. Es el mejor —me dice mi amiga con ese exagerado entusiasmo de quien da una noticia de tercera mano.

Nick se levanta. Parece un carpintero, y no alguien que se dedica a escuchar problemas por unos honorarios suculentos. Un trabajador de la madera. Un tipo normal. Eso es algo de lo que sí me veo capaz: hablar con alguien normal. Y es que, habitualmente, cuando pienso en un terapeuta me imagino a alguien austero como Sigmund Freud buscando vínculos entre mis rarezas y los sentimientos que albergo hacia mi madre. Bien es cierto que, aunque a mi relación con mi madre no le pasa nada, todavía no le he devuelto la llamada, ni tampoco me he puesto en contacto con mi hermana, como ella me pidió.

¿Qué opinaría Freud de eso? ¿O el doctor Nick Rose?

Llamo desde la calle con el móvil. La ciudad está que se sale de animada. Las bocinas son las especias que sazonan el implacable tráfico. Los cuerpos forman una orgánica cinta transportadora que no deja en ningún momento de deslizarse sobre las aceras. Ahí fuera mis palabras se perderán, pero eso es justo lo que quiero. Aunque soy una mujer racional, con la llegada de la tinaja he empezado a cuestionarme hasta qué punto estoy conectada a la realidad. Y en el fondo, en la bóveda donde mantengo mis miedos cuidadosamente separados y envueltos en pensamientos positivos, tengo la desquiciada noción de que la tinaja lo sabrá.

De modo que aquí estoy, de pie en esta esquina, con la mano ahuecada sobre el micrófono del auricular, marcando el número.

Responde un hombre. Esperaba oír la voz de una ayudante femenina y así se lo hago saber, e inmediatamente siento una punzada de culpa por haber estereotipado a mi propio sexo. Menuda feminista estoy hecha.

El hombre se ríe.

—Soy yo. Me gusta hablar con mis clientes potenciales. Eso nos da una idea aproximada de la química que pueda haber entre ambos.

Clientes. No pacientes. Siento que se me relajan los hombros y me doy cuenta de lo tenso que he tenido el cuerpo hasta ahora. La voz del doctor Nick Rose es cálida e intensa como el buen café. Se ríe como quien tiene práctica en el arte de la risa.

Como quiero volver a oírla, digo:

—Y que quede claro: no tengo ningún interés oculto en mantener relaciones con ninguno de mis padres.

Otra risa es mi recompensa. A pesar de mis reservas, sonrío al teléfono.

—Yo tampoco —me dice el doctor Rose—. Ya me ocupé de resolver eso mientras estudiaba en la universidad para quedarme tranquilo. De hecho, durante un tiempo fue un tema pendiente, sobre todo cuando mi padre insistía en preguntarme si era guapo.

Volvemos a reírnos. Mi tensión ha quedado reducida a mantequilla que se funde poco a poco, desprendiéndose de mi psique. Por fin, me dice que los viernes por la tarde son míos si le acepto como terapeuta.

Cuando colgamos, estoy como en una nube. El simple hecho de buscarme un terapeuta ya me ha sentado de maravilla. El viernes. Hoy es martes. Eso me da tres días para inventarme una historia sobre la tinaja. Un sueño, quizás. A los psicólogos les encantan los sueños. Porque no puedo confesarle la verdad, ni tampoco contarle por qué, porque no lo sé. La respuesta todavía no ha llegado. No quiero que crea que estoy chalada porque no es así. Lo que estoy es desesperada. Silenciosamente desesperada e insaciablemente curiosa.

Sigo con la rutina: pestillo, pestillo, abro, cierro, pestillo, pestillo, cadena, código de seguridad. La parpadeante luz verde del panel se enciende, como es de rigor.

La tinaja espera.

Fecha: ahora

Los gemidos de Lisa proceden de su cuarto. Digo «su cuarto», aunque quién sabe a quién pertenece. Quienquiera que haya estado aquí antes metió todas sus pertenencias en maletas, o puede que en cajas, y se marchó. Así que lo llamo el cuarto de Lisa, aunque no lo será durante mucho tiempo más. Al menos si puedo evitarlo.

A la izquierda al llegar a lo alto de las escaleras. Segunda puerta a la derecha. La puerta abierta. Entro. Lo que queda de su familia está allí con ella.

Su padre es un hombre más delgado que su hermano, y algunos años más joven, aunque desde este ángulo no le veo la cara. Su trasero es una luna brillante y blanca dividida en dos hemisferios por una pálida raja de pelo.

Debajo de él, Lisa está aplastada contra la cama, boca abajo. Ya no opone resistencia, resignada por fin al lugar que le toca ocupar en la jerarquía familiar. Una simple marioneta empalada por el titiritero, abombando espasmódicamente el colchón con sus embestidas.

El asco es lava y cenizas piroclásticas manando a chorros desde cada uno de mis poros. Un tímido chillido es el único aviso que el tipo llega a oír mientras corro hacia él y le agarro los testículos en plena embestida. Antes de que nuestro mundo se acabara, nunca me preocupó hacerme la manicura ni la pedicura. Una desconocida pasándome una lima por los pies tan sólo habría conseguido sacarme un chillido mientras mis terminaciones nerviosas bailoteaban. Los padrastrós siguen aún enmarcándome las puntas de los dedos. Tengo las uñas llenas de manchas blancas como pecas albinas, y descascarilladas, porque cuando por la noche me quedo des-

pierta, me las mordisqueo mientras voy dándole vueltas a mis cavilaciones. Todo eso no hace más que empeorar ese único caso en el que un hombre no desea sentir el contacto de la mano de una mujer en sus pelotas. Mis uñas son pinzas hundiéndose en la delicada piel.

Espero oírle gritar, pero no es eso lo que ocurre. Su trasero da una última sacudida y el hombretón se queda quieto de golpe como si esperara instrucciones.

—Apártese de ella.

Con tanto gruñido su voz suena ronca.

—Lo siento.

—Yo no. Sáquela y dígaselo a ella.

La saca. Su erección mengua hasta quedar reducida a un cordón de zapatos colgón que se bambolea en el aire.

—Lo siento —repite.

—Lisa —le interrumpo—. Levántate y coge tus cosas. —Aunque me gustaría emplear un tono más suave con ella, sé que si no le hablo así no conseguiré que se levante y sacarla de aquí.

Hay un instante de duda y luego Lisa empuja su cuerpo hasta salir de la cama. Se pone los vaqueros y se los abrocha sin levantar la barbilla. «No eres tú la que debería avergonzarse», quiero decirle. «Es él. Sólo él.» Pero no es el momento.

—Ahora Lisa es parte de mi familia —le digo al hombre que creó la mitad de lo que ella es—. Nos vamos.

El tipo es ahora un disco mellado y rayado.

—Lo siento.

Cuando le suelto, se queda helado. Se le agitan los hombros y se me ocurre que está llorando. Me arrodillo a su lado mientras su hija recoge sus cosas y las mete de cualquier manera en una mochila del mismo tamaño que la mía. Mi mano se posa sobre su hombro y me asombro de mí misma porque sé que estoy a punto de consolar a un violador.

—No tenemos que convertirnos en monstruos. Todavía podemos elegir.

—Tengo mis necesidades.

—Es su hija.

—Lo siento.

—Nos vamos. ¿Lisa?

Sacude la cabeza. No tiene nada que decirle.

Cogemos víveres: pan, conservas, comida enlatada. Cualquier cosa con un alto contenido en calorías. Envolvemos la comida en bolsas de basura y la metemos en la cesta de mi bici. Hay leche en la cocina que ha ordeñado uno de los hombres de las vacas que deambulan por el jardín. Ahora se alimentan de hierba. Y tienen suerte, porque toda esta lluvia es sinónimo de pastos más espesos y exuberantes. En las profundidades de mi mente sigo conservando una imagen en la que me veo matando a una vaca para sobrevivir. Tengo los brazos manchados de algo que parece ketchup, aunque en realidad es sangre auténtica. Me saco la imagen de la cabeza e intento no pensar en eso todavía.

—Deberíamos beber toda la leche —le digo, dividiendo el tibio líquido en dos vasos. Mi cuerpo intenta rechazar el líquido, pero me obligo a tragármelo, sabiendo que lo necesita. La comida escasea cada vez más. Se calcula que ha muerto ya un noventa por ciento de la población, pero los productos perecederos hace tiempo que han desaparecido y lo mismo ocurre con la comida rápida. Lo único que nos queda es la comida procesada. Por primera vez debo decir que las cajas de Hamburger Helper son de gran ayuda. Llegará el día en que todos nos veremos obligados a comer forraje o a promover las granjas de subsistencia..., eso si alguno de nosotros llega a verlo.

Lisa bebe la leche a pequeños sorbos: un ratón de iglesia con un precioso trozo de queso en las manos.

—¿Dónde está mi tío?

La pregunta queda suspendida en el aire entre las dos.

—En el suelo. He tenido que detenerle.

Traga.

—¿Está muerto?

No quiero tocarle. Por supuesto que no. Pero ella me mira como si yo supiera qué hacer. No sabe que me limito a improvisar sobre la marcha. Me saca las cosas del culo como si fuera mi sombrero mágico.

De rodillas. Dos dedos en el cuello del tío. Se me hunden hasta los nudillos, engullidos por la carne como si estuviera hecho de arenas movedizas.

«Por favor, que no se mueva», canturreo para mis adentros. Los dedos que no han desaparecido entre la grasa se cierran alrededor de un chuchillo de pelar. Una póliza de seguros postapocalíptica. Durante unos segundos su pulso me elude y creo que está muerto, pero no..., ahí está: pum-pum, pum-pum, pum-pum. Es como el villancico del Tamborilero, pero a más revoluciones.

—Está vivo. —Por ahora, porque un pulso galopante como éste no puede augurar nada bueno en un hombre del tamaño de un Volkswagen Escarabajo.

—Gracias a Dios —dice Lisa.

Ya, claro: Dios. El tipo ese. Se le olvidó confirmar la asistencia a la última fiesta de la humanidad. Aunque ¿qué culpa tendrá él? Los fuegos artificiales fueron fantásticos, pero todos los invitados estaban enfermos.

Al otro lado de la cocina, los cuchillos esperan en su cajón. Son cuchillos del pan, de cortar queso, tomates o carne. Para mí uno de carnicero y otro de pelar. Los dos bien afilados.

—Deberías llevar un cuchillo.

Lisa frunce el ceño.

—Oh, no, no podría.

—¿Y qué pasa si necesitas cortar algo?

—Ah, creía que te referías a...

Tiene la mirada fija a escasos centímetros por encima del cuerpo de su tío. El cajón me llama. Un sacacorchos. Genial para sacar un ojo. Un arma adecuada para alguien que no quiere llevar ninguna encima.

—Toma esto —le digo. Sus dedos se cierran sobre la espiral. Uno de ellos aprieta la punta y Lisa se estremece—. Por si encontramos una deliciosa botella de vino. Esto es Italia, no lo olvides.

Caminamos con mi bici entre las dos. La mano de Lisa encuentra su equilibrio en el sillín, que utiliza para guiarse mientras yo sujeto el manillar y marco el camino. Ha aceptado el sacacorchos sin preguntar y se lo ha metido en el bolsillo de los vaqueros. Cada docena de pasos, se lleva allí la mano y traza con los dedos la silueta de la herramienta.

Estamos en mitad de la nada, aunque su existencia es una muestra innegable de que debe de ser alguna parte. Así que saco la brújula y espero a que la aguja deje de moverse. Sureste. Quiero ir al sureste. Si giramos a la izquierda al llegar a la entrada de la granja, ésa es la carretera que lleva al este. Bastará hasta que encontremos una carretera que se desvíe hacia el sur.

No hablamos hasta que llegamos al buzón blanco y dejamos a nuestra espalda las viejas planchas que forman un desvaído intento por formar una valla.

Lisa rompe el silencio.

—Espero que esté bien. Mi padre.

—Seguro que sí.

—Es mi padre.

—Ya lo sé.

—Podías haberle matado.

—Pero no lo he hecho.

Una pausa antes de que formule la pregunta:

—¿Por qué?

—El mundo que conocías, que todos conocíamos, ha desaparecido. La humanidad está muerta en su mayoría y lo que queda de ella se muere.

Se dibuja un dique entre sus dos cejas, un dique preñado de ignorancia.

—No lo entiendo.

—Me gusta ser humana.

El dique se hace un poco más profundo.

—Mi padre lo hacía porque me quería —dice, pasado un rato—. O eso es lo que me repito para no odiarle. Aun así, es mi padre, y nadie debería odiar a su padre. En cierto modo, siento que le debo algo. No ha sido fácil cuidar de mí aquí, por ser ciega.

—¿Eso es lo que él te decía?

—A veces.

—No es ninguna excusa —le digo—. Desde luego, no es algo que le debas.

Se sume en sus pensamientos durante unos instantes antes de regresar con una nueva pregunta.

—Durante el sexo, ¿alguna vez has cerrado los ojos y has fingido que estabas con otro?

¿Lo he hecho? Puede ser. Cuando era más joven. Antes de empezar a acostarme con alguien más aparte de conmigo misma.

—Claro —le respondo para que se sienta mejor—. Probablemente lo hace todo el mundo.

—Yo lo he intentado. No me ha funcionado demasiado bien.

—Tesoro, lo que tu padre hacía contigo no era sexo ni tampoco amor.

—¿Puedo contarte un secreto? —El interrogante es retórico, de modo que guardo silencio. Cuando llegamos al primer cruce estampado en el paisaje, dice—: Creo que todavía tengo ganas de que algún día alguien me toque. Me refiero a un hombre al que yo le guste.

—Creo que tú también querrás tocarle.

—¿Tienes secretos?

La miro de reojo y me digo que no dejaré que ésta me haga daño cuando he perdido a tantos en el camino.

—No.